

Editorial

Reflexiones críticas sobre el nacionalismo

“Con fe en Dios, adelante El Salvador” es una consigna acuñada en el sector privado a raíz de los terremotos. En apariencia, con ella se pretende infundir ánimo ante las tremendas proporciones de la crisis. En la discusión pública, nunca falta quien saca a relucir el carácter extranjero de aquel con quien no está de acuerdo como último —y a veces único— argumento. Reacciones parecidas son frecuentes en momentos de desconcierto e incertidumbre. En estos casos, el nacionalismo se presenta con una contundencia que parece irrefutable. Es la respuesta aparentemente idónea para todas las crisis. Al hacer de la nación el bien supremo —una especie de absolutización—, se pretende obligar a renunciar a la opinión propia, a aceptar lo que sus portavoces autorizados declaran correcto y verdadero, y a compartir un optimismo cuyo único fundamento es la creencia en el triunfo de la nación.

La tesis que aquí se sostiene es que el nacionalismo, tal como se entiende en la actualidad, ha sido creado y promovido desde el Estado por la elite dominante, la cual ha sabido identificar sus intereses con los de la generalidad y a éstos con los de la nación. Esto es posible gracias a ciertos malabarismos intelectuales, los cuales, además, permiten a esa elite ocultar las contradicciones más agudas de la sociedad que ha gobernado desde finales del siglo XIX. Por lo tanto, el nacionalismo, en sí mismo, no puede ser considerado un bien supremo, ni mucho menos puede ser absolutizado, sino que debe replantearse de manera radical de cara a esa pretensión hegemónica de la elite de imponer su visión sobre los intereses de todos, sobre lo que sea la nación y acerca de las nuevas realidades mundiales. Más aún, la visión tradicional elitista del nacionalismo es contraria a las tendencias actuales, las cuales apuntan en sentido inverso, hacia la apertura al mundo. En cualquier caso, el nacionalismo debe ser replanteado desde las mayorías populares a las cuales dice abarcar y no desde grupos reducidos y privilegiados. Así, pues, es necesario superar la estrechez del nacionalismo de las elites salvadoreñas —y también el de las otras elites centroamericanas.

1. La nación es una construcción

Contrario a lo que se suele dar por sentado, el nacionalismo no sólo es una construcción intelectual de factura relativamente reciente, sino que, desde su creación hasta ahora, el concepto ha experimentado modificaciones importantes, debidas a las diferentes transformaciones experimentadas por la realidad social, económica, política y cultural. Para comprender el nacionalismo, por lo tanto, es necesario tomar nota de su evolución; si no, se corre el peligro de presentar como realidad superior y suprema, algo que ha estado sometido a los vaivenes de la historia. Dicho de otra manera, el nacionalismo no es tan intocable como sus promotores lo presentan. En realidad, lo que éstos buscan es que la idea de nación quede en manos de la elite dominante y sus conveniencias.

A finales del siglo XIX, nación significaba los habitantes de un determinado territorio e indicaba así su origen o su descendencia. Poco después se pasó a considerar como nación al conjunto de habitantes de un determinado territorio, pero regido por un mismo gobierno, con lo cual al concepto primero de nación se unió el de gobierno. Esta ampliación del concepto prescindió de la diversidad de origen de los habitantes del territorio y vinculó la nación al Estado: el conjunto de ciudadanos, cuya soberanía colectiva los constituye en Estado, que es su expresión política. Esta nueva concepción decía poco de los ciudadanos. En realidad, no había relación lógica entre el Estado territorial y la conformación de una nación, según características étnicas, lingüísticas, religiosas, etc. Estas pasaron de golpe a ocupar un segundo plano.

De hecho, el discurso del siglo XIX sobre la nación es sorprendentemente vago. Los economistas liberales, por ejemplo, concentraron sus análisis en la empresa, no en la nación; aunque no por eso pasaron por alto la importancia de la economía nacional. Sin embargo, no hablaron de ella, tal vez porque no era de su agrado o tal vez porque no supieron cómo hacerlo. Hasta después de la primera guerra mundial se afirmó que la autodeterminación sólo es aplicable a aquellas naciones viables, sobre todo desde la perspectiva económica. A esta afirmación se añade casi de inmediato que la edificación de la nación incluye la expansión, lo cual vuelve incompatible la identificación de nación con etnia, lengua o religión. La idea tuvo una aceptación enorme, puesto que parecía claro que las naciones pequeñas podían resultar muy beneficiadas de la fusión con otras mayores, aun cuando estuvieran condenadas a desaparecer en cuanto tales. Era la ley inexorable del progreso, según la cual la idea de nación liberal sólo era aplicable a unas pocas naciones, a aquellas que, precisamente, estaban en expansión, a costa de otras más débiles o pequeñas. Hay que reconocer, sin embargo, que la idea liberal de nación nunca tuvo pretensiones de universalidad.

En el Estado moderno, conformado por comunidades diferentes en tamaño y naturaleza, la cuestión de su unidad se volvió una prioridad. En este contexto, la creación de una nación que abarcara todas las diferencias se volvió de vital importancia. Ante la heterogeneidad de comunidades, era necesario crear formas de identificación masiva, más allá de las realidades concretas de los diferentes individuos y grupos, que los integrasen a todos por igual, en una unidad superior. Los elementos que constituyen esa unidad, el idioma y la literatura nacional, por ejemplo, fueron establecidos por grupos selectos, desde las instituciones estatales; pero se extendieron y se popularizaron, porque las comunidades acabaron aceptando la sustitución de sus referentes particulares por estos otros generales. Es así como se hizo posible la homologación de grupos o sectores muy distintos. Pero también quiere decir que esos vínculos son casi siempre creaciones artificiales y no pocas veces novedosas y, por lo tanto, algo muy distinto a lo que la mitología nacionalista supone. No son, pues, los cimientos de una cultura con arraigo profundo y larga tradición, en la cual se apoyan naturalmente la identidad colectiva e incluso la nación misma. Lo que deba entenderse por nación y el contenido del nacionalismo no son más que la creación de grupos selectos, aceptada por la generalidad como algo dado, a través del sistema educativo, los medios de comunicación de masas y las instituciones estatales. A unos y a otros se les escapa por igual que se trata de una producción elitista y estatal y, además, estandarizada. La idea que del idioma nacional tienen sus creadores, por ejemplo, no se corresponde con el idioma hablado por las masas. Es así como la cultura nacional es un hecho político o al menos tiene muchas más implicaciones políticas que las que la mitología nacionalista está dispuesta a reconocer.

La tesis que aquí se sostiene es que el nacionalismo, tal como se entiende en la actualidad, ha sido creado y promovido desde el Estado por la elite dominante, la cual ha sabido identificar sus intereses con los de la generalidad y a éstos con los de la nación.

En América Latina, sin embargo, el nacionalismo no siempre ha sido patrimonio de elites intelectuales y políticas que defienden el orden establecido y su intrínseca desigualdad social. Aun cuando éste sea el nacionalismo predominante en la actualidad, no se pueden ignorar otras visiones alternativas. El nacionalismo "revolucionario" mexicano proponía incluir a las masas indígenas y campesinas en la vida económica, política y cultural, integrar el sindicalismo en el aparato estatal, proporcionar educación universal y recuperar los recursos naturales. Planteado en estos términos, resulta ser una propuesta nacionalista antioligárquica y popular. En una línea semejante se encuentra

el nacionalismo de Martí, exceptuando el antiimperialismo, que posee un peso específico importante en su pensamiento. El proyecto de nación de Martí, al igual que el de la revolución mexicana, incluye a los sectores oprimidos —indígenas, negros y mestizos— y se opone a los intereses oligárquicos, cuya alianza con los intereses extranjeros —primero los españoles y después los estadounidenses—, los vuelve antinacionales. El concepto de nación de Martí se propone incluir aquellos grupos que no sólo han sido excluidos por los blancos terratenientes y oligarcas, sino que, además, su existencia ni siquiera es reconocida. El nacionalismo de José Ingenieros, aparte de antiimperialista, se opone a los privilegios heredados. Su crítica al hombre mediocre es una crítica al rico satisfecho con la herencia recibida. A esta mediocridad, Ingenieros opone el mérito como criterio válido para justificar posiciones sociales superiores. La educación es el medio idóneo para hacer méritos y poner fin a la mediocridad. Los mejores y quienes, por lo tanto, deben dirigir los destinos de la nación son los que poseen más méritos educativos y no los más ricos y corruptos. Bolívar, por su lado, soñó con una gran patria latinoamericana, luchó por la eliminación de la esclavitud y la construcción de un orden verdaderamente humano, fundamentado en la igualdad y la libertad universales, incluyendo a indígenas, negros y pardos. La igualdad y la libertad serían reales cuando fueran también para los desposeídos, lo cual era contrario a lo que defendían los criollos latifundistas y oligarcas, que querían la república para sí.

Tanto en Bolívar, como en Martí e Ingenieros se encuentra un nacionalismo radicalmente crítico de los privilegios de las minorías oligárquicas, el cual influyó mucho en los movimientos reformistas y populistas de las décadas de 1950 y 1960, aunque integrado en proyectos políticos bastante más amplios. Sin embargo, éstos, al entrar en crisis, se olvidaron o redujeron esta dimensión nacionalista tan latinoamericana, despejando el terreno para el nacionalismo de corte oligárquico, estadounidense y anticomunista de finales del siglo XX.

Los símbolos y los rituales nacionalistas colectivos son elementos culturales creados de primera importancia, porque remiten a la nación imaginada. El uso universal de retazos sencillos de tejido coloreado, conocidos como banderas, por ejemplo, muestra la importancia de estas imágenes. Estas no sólo simbolizan a las naciones modernas, sino que, además, están asociadas a una religión cívica bien establecida, con sus fórmulas, sus rituales y sus cultos. La nación imaginada cuenta con su propia historia, elaborada a partir de una lectura de los acontecimientos pasados, hecha desde la perspectiva de la realidad que se quiere mostrar como verdadera. Así se explica la existencia de una historia nacional con carácter oficial, que, por lo general, no coincide con la realidad histórica, pero que es la que se enseña en el sistema educativo y se difunde a través de los medios de masas.

En el momento en que los sistemas políticos modernos dieron voz a los ciudadanos y el Estado necesitó de su consentimiento tácito y debió, por lo

tanto, tener en cuenta su opinión, la lealtad e identificación de aquéllos con éste ocupa uno de los primeros lugares en la agenda política. Ni la lealtad ni la identificación se dan de manera automática. El medio para asegurarlas es el cultivo de la religión cívica, que hace experimentar el Estado como "nuestro" y, en cuanto tal, preferible a todos los demás estados, los cuales se convierten así en extraños, sobre todo si carecen de las bondades, reales o ficticias, que se atribuyen al propio. Decir religión cívica es decir patriotismo. Originalmente, la patria era el lugar donde se había nacido, pero desde el momento en que el Estado es concebido como un territorio continuo, ininterrumpido y claramente delimitado por unas fronteras que lo distinguen y separan de los demás, y cuya jurisdicción administrativa comprende a todos los habitantes de dicho territorio, patria y Estado pasaron a significar lo mismo. El Estado moderno se hizo omnipresente por la acción de sus agentes en todo el territorio y en todos los ámbitos de la vida ciudadana, por la obligación de asistir a la escuela y prestar servicio militar, por el registro de nacimientos, matrimonios y defunciones, el cual fue complementado por los censos, y por la prestación de ciertos servicios. Pero la identidad de las mayorías requiere siempre sentido de pertenencia a un determinado lugar, el cual posee una determinada forma de gobierno y es diferente a todos los demás, es decir, conlleva siempre la idea de patria. De ahí que el patriotismo no signifique necesariamente simpatía por un determinado gobierno, sino que responde a una necesidad humana más radical, la de ser de algún lugar.

A partir de aquí, el patriotismo es muy útil, porque suprime las diferencias de cualquier tipo y representa una forma superior de unidad, de la cual todos se sienten parte. Esto es posible porque se comparten lugares, costum-



bres, recuerdos y símbolos. Este compartir **relega las diferencias**, haciendo homogéneo lo que es, de hecho, heterogéneo e incluso está contrapuesto. Por eso, todos los estados se esmeran por construir su propia unidad. En esta tarea, el sistema educativo, en particular la escuela primaria, y los medios de comunicación de masas resultan fundamentales. A través de ellos se propaga la imagen de unidad que se quiere inculcar y la nación en la cual se quiere hacer descansar aquélla. Los símbolos patrios expresan y refuerzan tanto la unidad como la nación imaginadas. Por eso, con independencia de lo que se diga, todo ello no es más que fruto de la labor creativa de las elites intelectuales y políticas. Su eficacia se constata en su poder para difuminar las contradicciones sociales y culturales más agudas en una unidad mayor, silenciando la protesta; en cómo convierte los conflictos en sucesos irrelevantes, haciendo posible la reconciliación de bandos opuestos, y en cómo moviliza a las masas con bastante facilidad alrededor de objetivos presentados como nacionales. Por eso, los gobiernos trabajan de forma concienzuda y deliberada en esta especie de ingeniería ideológica. Dado que el Estado es la maquinaria que debe manipularse para construir la nación y promover el patriotismo, el nacionalismo no puede si no ser de índole eminentemente política.

Así, pues, aun cuando la nación y la patria se presenten como realidades de larga data y estén rodeadas de un aura cuasi maravillosa, son una creación humana reciente, que debe mucho a las conveniencias de los grupos que han gestionado el Estado. Su éxito indudable estriba en que ambos conceptos han adquirido no solamente carácter de realidad, sino de una realidad sagrada y, por lo tanto, incuestionable e intocable. Pese a ello, la homogeneidad sigue siendo una ilusión así como también la existencia de un mundo de naciones. Todo ello no es más que el resultado de una identidad que, impuesta por un reducido grupo, se las ha arreglado para presentar como igual lo que es diferente, porque así evita que otros invoquen una idea parecida, o alternativa, de nacionalidad para expresar sus propias demandas. Estas creaciones y creencias, en las cuales cada Estado coloca su identidad nacional, están tan arraigadas en la conciencia colectiva actual que, en una época de integración regional y de apertura al mundo, son un obstáculo. Uno de los problemas más serios de la integración americana es la existencia de tantas tradiciones e instituciones como estados, ninguno de los cuales, empezando por aquellos que poseen las economías más dinámicas y ricas, se muestra dispuesto a renunciar a ellas, para dar paso a una unidad mayor.

Los símbolos y los rituales nacionalistas colectivos son elementos culturales creados de primera importancia, porque remiten a la nación imaginada.

No obstante lo anterior, la tendencia hacia la creación de naciones igualitarias y unidas es irresistible. Así, pese al predominio indiscutible de Esta-

dos Unidos y de las potencias europeas que ganaron la segunda guerra mundial, se sigue reclamando una comunidad de naciones, donde todas sean iguales y en cuyo seno sea posible alcanzar consensos sobre los asuntos que las afectan. América Latina, por su lado, está empeñada en crear integraciones regionales, en el Cono Sur y Centroamérica. No contenta con ello, aspira a una unidad continental, que sólo será posible si, de alguna manera, todas las naciones que la conforman obtienen un tratamiento igual, a pesar de diferencias evidentes no sólo culturales, sino también económicas y sociales. Centroamérica, pese a las profundas contradicciones que la atraviesan, tampoco ha descartado la posibilidad de conformar una unidad regional. Más allá de las declaraciones de buenas intenciones, sobre estos proyectos pesa, sin embargo, el lastre del nacionalismo. Sin embargo, el desfase entre éste y la dinámica que empuja hacia una unidad regional y mundial superior es cada vez más grande. Desafíos como el ecológico, la gestión de los recursos no renovables, la contaminación ambiental, el tráfico de drogas y seres humanos, el crimen organizado, la transnacionalización del capital financiero, etc., no pueden ser tratados desde los estrechos márgenes del nacionalismo.

2. Crítica a la idea salvadoreña de nación

El nacionalismo salvadoreño, como cualquier otro nacionalismo, exige una crítica en varias direcciones: por su pretensión de constituirse en realidad última, que forzosamente debe ser aceptada; por desconocer su propia evolución a lo largo del tiempo; por tergiversar la realidad al presentar como unitario lo que en realidad está dividido por agudas diferencias de orden económico, social y cultural; por empeñarse en conservar una idea de nación obsoleta, desconociendo las nuevas realidades que han surgido a su alrededor; por ser una instancia a la cual se recurre para ocultar y acallar a quienes reclaman cambios; por ser el criterio último utilizado para determinar quién es buen y mal salvadoreño, descalificando así al disidente y al adversario, en los ámbitos político y social; por ser una imposición de una elite, que presenta como general lo que es exclusivamente creación propia; por paralizar los procesos de cambio social, en lugar de estimularlos. En pocas palabras, por la función social que cumple al servicio de la elite económica y sus gobiernos y en contra del bienestar de la mayoría de la población.

El nacionalismo salvadoreño es el argumento último contra la protesta social y el reclamo por el cambio estructural. De hecho, se esgrime con demasiada frecuencia, porque, por lo general, los representantes del orden establecido no suelen tener otra clase de argumentos para sostener su posición. La crisis abierta por los terremotos es un buen ejemplo de ello. Ante los reclamos de la población, la primera respuesta gubernamental y de la gran empresa privada fue evocar el amor a la patria. Al colocar este amor por encima de la tragedia humana, ambos pretendían mantener bajo control las posibles reacciones adversas de la población damnificada. En las situaciones límites, el

lugar prioritario de la idea de nación surge nítido para contrarrestar el desafío al orden en el cual surge la crisis. De esta manera, el nacionalismo es utilizado para justificar una amplia gama de decisiones, desde la supresión de la moneda nacional por disposición del poder ejecutivo hasta las relativas a las ambiciones personales de los políticos. En la práctica, la actividad pública aparece imbuida de un amor a la patria, cargado de una fuerza emotiva poderosa, con lo cual aquélla queda, por lo general, fuera del alcance de la crítica.

Los criollos del siglo XVIII también se sintieron arrebatados por el amor a su patria —Guatemala o Centroamérica— como contrapuesta a España, no obstante que aquélla formaba parte del imperio español y ellos mismos se consideraban, en más de un sentido, españoles. Decían sentirse arrebatados por el amor al lugar donde habían nacido que, sin comparación, era muy superior a cualquier otro; aunque no podían olvidar que sus privilegios económicos y sociales y su poder provenían, precisamente, de España. Con todo, su amor, su devoción y su agradecimiento a aquella que consideraban su patria eran mucho mayores. Como todas, la suya era una patria confeccionada a su medida. En ella no tenían cabida los mestizos, los indígenas y los negros, aunque estaban presentes, pero no como personas, sino como seres socialmente subordinados y por naturaleza inferiores y como trabajadores baratos. Por otro lado, los indígenas y los negros tenían, cada uno, su propia idea de patria, de la cual, como es obvio, los criollos estaban excluidos; pero, ninguna de estas patrias tenía posibilidades de triunfar sobre la patria criolla, que fue la que se impuso sobre todas las demás. La independencia fue el triunfo de esa patria criolla y no de la libertad en abstracto, tal como lo cuenta la historia oficial para ocultar las irreconciliables diferencias sociales, presentes ya en los fundamentos de la nación. Pero el suyo fue un triunfo efímero, en cuanto no pudo constituirse en una sola nación centroamericana. La diferencia y el conflicto se impusieron sobre esa posible unidad nacional. Por eso, al disolverse la federación, a mediados del siglo XIX, cada uno de los nuevos estados independientes tuvo que crear su propia nacionalidad. En el paso de un siglo a otro, cada una de las cinco elites centroamericanas creó su idea de nación, dotándola de fórmulas, símbolos y rituales muy propios. La patria criolla centroamericana fue sustituida por cinco patrias particulares, cada una con una idea de nación y con un nacionalismo diferente. Paradójicamente, un siglo después, esas ideas de nación y sus respectivos nacionalismos se han convertido en un tremendo obstáculo para la viabilidad histórica de estos pequeños estados.

Cada una de estas patrias se considera vinculada, sin solución de continuidad, pero a su manera, con los criollos que protagonizaron la independencia. Esto sólo fue posible distorsionando la historia, pero no había alternativa, porque de ahí derivaron su legitimidad y la de la nación imaginada: nación fragmentada en cinco estados. De la misma manera que los criollos de los siglos XVIII y XIX se consideraron herederos directos de la España conquistadora del siglo XVI, la elite cafetalera de finales del siglo XIX y

comienzos del XX se consideró descendiente, sin solución de continuidad, de los protagonistas de la independencia y la federación; así como más tarde, a comienzos de la década de 1930, la elite salvadoreña que replanteó de manera definitiva la ideología nacionalista del siglo XX se considera parte de la fundadora de la república cafetalera. La primera enfatizó la idea de progreso, embebida del positivismo de la época y admirada ante los altos rendimientos de sus actividades cafetaleras; mientras que la segunda agregó al progreso un anticomunismo muy emotividad. De esta manera, vinculó de un plumazo lealtad política con nacionalidad: ser salvadoreño era creer en el progreso y proclamarse anticomunista. Sobre esta extraña combinación construyó la nacionalidad y el sentido de pertenencia. Y lo hizo de una manera tan consistente que con ella enfrentó las crisis de la década de 1970, de índole económica; la de 1980, de índole social, política y, finalmente, militar; la de 1990, de índole política, y con ella se apresta a enfrentar la de los terremotos. El nacionalismo suele ser resistente al tiempo y a las crisis, siempre que haya una elite que lo enarbole con convicción y fervor y una sociedad que la siga.

**El nacionalismo salvadoreño es el argumento
último contra la protesta social y el reclamo
por el cambio estructural.**

Los otros estados centroamericanos hicieron lo mismo, cada uno a su manera, con lo cual relegaron al olvido el reto de la unidad regional. Tal vez el caso más extremo sea el de Costa Rica que, desde muy pronto, puso distancia de por medio entre ella y el resto de estados centroamericanos, hasta el punto de considerarse una realidad aparte. De ahí que siempre se haya mostrado muy cautelosa ante los intentos posteriores de integración regional y sólo después de vencer fuertes resistencias aceptó formar parte del mercado común centroamericano, en las décadas de 1950 y 1960. Este aislamiento es correspondido con creces por los otros cuatro estados centroamericanos que, a su vez, no consideran que Costa Rica sea parte de su misma realidad plenamente. En contraste con esta visión regional fragmentada y no pocas veces enfrentada consigo misma, desde el exterior, Centroamérica y sus habitantes somos vistos como una unidad.

El nacionalismo salvadoreño —y el de las otras naciones centroamericanas— experimenta la misma pasión romántica por el campesinado de todos los nacionalismos. En efecto, el nacionalismo se caracteriza por imaginar un campesinado puro, sencillo y no corrompido por los males de la urbanización ni de la modernidad. A esas cualidades, el nacionalismo salvadoreño agrega la virtud del trabajo. La sorpresa la dieron el alzamiento de 1932 y la organización y las protestas campesinas de mediados de la década de 1970. Nada de ello encajaba con la imagen del campesino laborioso, pacífico y

aguantador, que el nacionalismo salvadoreño se había hecho. La explicación sólo podía estar en la presencia de agentes externos, quienes habrían corrompido la pureza y la sencillez originaria: el comunismo y su conspiración internacional, que pretenderían así subvertir el orden establecido. Por eso, el anticomunismo es una pieza clave del nacionalismo salvadoreño. Sin él no es posible explicar lo sucedido en el campesinado, ni en la clase trabajadora, supuestamente heredera de sus virtudes. Esta última también es imaginada como muy laboriosa, disciplinada y pacífica. De ahí que sus protestas todavía sorprendan y sean rechazadas; hasta cierto punto, la protesta laboral le resulta incomprensible a la elite, porque contradice la imagen que ella misma se ha forjado de la clase trabajadora y que, a base de insistir, ha logrado imponer en la conciencia colectiva. Pero la cultura de violencia que predomina en el país, en la actualidad, evidencia cuán ficticia es la imagen pacífica y disciplinada que de su población se tiene. El nacionalismo actual todavía sigue creyendo que la bondad innata y original de campesinos y trabajadores está amenazada por la fuerza corruptora del comunismo. Aún no está preparado para reconocer las duras realidades sociales salvadoreñas.

Para el nacionalista, sólo es buen salvadoreño —no hay que perder de vista que algo muy similar puede afirmarse de las otras nacionalidades centroamericanas— aquel que acepta sin rechistar esta visión de la nación y de la patria, pero eso supone también aceptar como hecho verídico algo que no es más que construcción abstracta, y además interesada, de un reducido grupo. En cuanto tal, no sólo es cuestionable, sino que debe serlo, por carecer de verdad y por ocultar las agudas contradicciones económicas, sociales y culturales que caracterizan a la sociedad salvadoreña. En el mejor de los casos, a la nación de la cual dicen formar parte y a la cual respetan y veneran sólo pertenece una pequeña parte de la población residente en el territorio conocido como El Salvador. Por distorsionar y encubrir la realidad, esa idea debe ser combatida, al menos mientras haya elite que insista en imponerla e individuos y grupos que la acepten sin sospechar de su fuerte contenido ideológico. El nacionalismo así entendido es, sin ninguna duda, clave para la unidad, pero es una unidad que descansa en la falsedad, en el encubrimiento y en una idea que guarda muy poca relación con la gente a la cual dice abarcar. Cuando sus defensores se ven confrontados con los datos históricos y con la realidad misma, introducen una diferencia sutil y, entonces, hablan del “verdadero” pueblo salvadoreño, que sería aquel que se mantiene fiel al nacionalismo tal como éste es entendido por la tradición elitista de más de un siglo.

La justificación más corriente para conservar la idea nacionalista tradicional, aun sabiendo lo que tiene de ideología, es decir, de distorsión y encubrimiento, es que los sectores más pobres y vulnerables salen beneficiados. Es el mismo argumento que en otro tiempo se usó en Europa para subsumir a las nacionalidades más pequeñas y atrasadas en otras más grandes, consideradas como más avanzadas. La anulación de los débiles es una exigencia inevitable

del progreso, aun cuando suponga sacrificios enormes. El presupuesto es la existencia de una elite poseedora del saber y del bien; en el caso salvadoreño, poseedora de las ideas de progreso, libertad y anticomunismo, que definen el núcleo de la nacionalidad. Ni el liberalismo clásico, ni tampoco el actual tienen pretensión de universalidad. El liberalismo sólo es válido para aquellos sectores sociales más fuertes y exitosos; los demás deben conformarse con la subordinación o la desaparición, por ser obstáculo o estorbo para el avance del progreso. Por lo tanto, la prosperidad, el bienestar y la libertad sólo podrían encontrarse apropiándose de esa visión y abandonando la propia.

No hay que olvidar que el nacionalismo conlleva una fuerte centralización no sólo de las ideas predominantes, sino también de las decisiones y las prácticas que determinan el destino de sociedades y pueblos. Entre más intenso el nacionalismo, mayor la centralización. Esta última hace inútil el debate público y abierto y la participación. Sólo existe una forma para demostrar la fidelidad y el amor a la patria: aceptar la versión nacionalista de su pasado, de su presente y de su futuro.

La unidad nacional es promovida de manera deliberada a través de los medios de comunicación de masas y la propaganda, pero éstas son más eficaces cuando consiguen que los símbolos nacionales pasen a formar parte de la vida de los individuos y los grupos. Es cierto que se hacen esfuerzos periódicos por dotar de un contenido serio e incluso científico al nacionalismo, pero siempre acaban predominando la propaganda y la explotación de las emociones primarias de las masas. Al final, la nación se define en términos casi exclusivamente publicitarios y es que no puede ser de otra manera, dada su naturaleza y sus metas. Con todo, hay dos campos que se prestan más que otros para explotar los sentimientos de las masas a favor del nacionalismo: la religión y el deporte.



El nacionalismo liberal tiene mucho de experiencia religiosa. De hecho, muy pronto se expresó en una religión cívica con sus artículos de fe, sus ritos y sus cultos. No pocas veces, el nacionalismo mismo se confunde con la religión, sobre todo cuando se convierte en un movimiento de masas. No es mera casualidad que el calendario contenga un “mes de la patria”, en el cual se levantan “altares cívicos”, en los cuales se colocan y rinde culto a los fundadores de la patria, recitando la “Oración a la bandera”, desfilando con música y aires marciales, exaltando su personalidad y repitiendo de manera ritual la versión que da cuenta del nacimiento de la nación. El sentido de pertenencia que las creencias comunes y las prácticas compartidas generan, resulta esencial para la vivencia nacionalista. Esta es más profunda cuando adquiere características fundamentalistas. De la misma manera que la versión religiosa del fundamentalismo proporciona orientación práctica y un código moral exhaustivo y detallado a sus creyentes, su versión nacionalista cumple con funciones similares, en cuanto a facilitar la orientación correcta y a establecer las prácticas apropiadas, sobre todo en situaciones especialmente conflictivas. Sin embargo, el fundamentalismo nacionalista tiene una ventaja sobre el religioso y es su vaguedad y su falta de contenido sistemático, lo cual le deja un espacio lo suficientemente amplio como para abarcar todas las diferencias y contradicciones. El nacionalismo puede movilizar a la inmensa mayor parte de la comunidad siempre y cuando su atracción sea lo suficientemente vaga o ajena a la realidad social. Es inútil, por lo tanto, exigirle rigor conceptual, porque en la medida en que lo haga, pierde su atractivo para las masas y su utilidad práctica para las elites. Su fuerza se deriva de su pretensión de poseer la verdad sobre el pasado, el presente y el futuro, con lo cual excluye no sólo a todos aquellos que no pertenecen a la misma nación, sino también a todos aquellos que, dentro de ella, no aceptan su verdad —son los malos ciudadanos, los que no pertenecen al “verdadero” pueblo salvadoreño.

El otro campo en el cual el nacionalismo rompe las barreras que separan a las masas y las unifica en un plano superior, es el deporte. El deporte es un espectáculo de masas, donde compiten gladiadores que simbolizan a la nación. Es expresión de una lucha nacional y sus protagonistas, los deportistas, son la expresión primaria de esa comunidad imaginada. Los medios de comunicación de masas se encargan de crear el contexto en el cual estas creencias parecen adquirir concreción. Incluso la pasión de los diversos equipos salvadoreños que no consiguen clasificarse en prácticamente ninguna competencia internacional importante sirve bien a este propósito. No son tanto los triunfos lo que interesa, aunque éstos ayudarían en gran medida, como contar con selecciones nacionales, en las diferentes ramas del deporte, para así poder hablar de ellas y de lo que representan. El deporte es un símbolo que incluso rebasa las fronteras nacionales, puesto que representa la unidad de las naciones. Al presentarse como una rivalidad amistosa, proyecta la imagen de que todas ellas forman parte de una unidad superior, institucionalizada en

encuentros periódicos, que proporcionan una válvula de escape a las tensiones de los grupos. El deporte no sólo es un medio singularmente eficaz para inculcar sentimientos de unidad nacional, sino que posee una ventaja adicional y es que hasta los individuos menos políticos pueden identificarse con facilidad con la nación, tal como es simbolizada por los jóvenes deportistas, quienes suelen hacer, de manera eximia, lo que los demás quisieran o han querido hacer alguna vez en su vida. En consecuencia, aquel que anima a su equipo es parte del “verdadero” pueblo salvadoreño, que apoya a sus deportistas, en cualquier circunstancia.

En la misma medida en que el nacionalismo actual construye la unidad, deshumaniza a las masas y a las personas por lo que tiene de manipulador de las emociones colectivas, de encubrimiento de la realidad y sus escandalosas contradicciones y contrastes, y por falsear la realidad histórica. Ciertamente, mueve las masas y genera unidad, pero no genera verdad para la construcción de una sociedad más equitativa y justa. Crea espectáculo y proporciona diversión, pero para otorgar legitimidad al poder y a los privilegios de una élite. El nacionalismo nunca se ha caracterizado por su rigor y consistencia; suele adolecer de las mismas contradicciones de la sociedad que intenta presentar como nación. Es así como, al lado del nacionalismo salvadoreño tradicional, prevalece una corriente, también nacionalista, pero crítica y contraria a aquél, cuyas creaciones más relevantes se encuentran en la obra literaria de Masferrer, Escobar Velado y Roque Dalton. No obstante la visión alternativa de estos autores, el nacionalismo tradicional es capaz de reconocerse en sus creaciones literarias.

3. Criterios para un planteamiento nuevo de la nacionalidad

El que la “nación” salvadoreña haya sido gestionada hasta ahora desde el Estado por el bloque dominante ha permitido ocultar las contradicciones que constituyen su realidad social actual y ha contribuido a hacer llevadera la vida degradante e inhumana de la mayoría de sus integrantes. En nombre de esa “nación” se han impuesto cargas tan pesadas que un cuarto de su población ha abandonado su territorio, llevándose consigo la idea de nacionalidad como referente vital de su lugar de procedencia. Entre más distancia se pone entre una circunstancia y otra y entre más tiempo pasa, la desconexión entre la realidad y la idea de ese referente clave es mayor y en la medida en que se vacía de contenido real, se carga de emotividad. Es así como a veces parece que la nacionalidad salvadoreña se reduce al himno nacional, “El carbonero”, la pupusa y el *Pollo Campero* —que, en realidad, es guatemalteco. Así como es de emotivo, tiende a ser al mismo tiempo un nacionalismo pobre en cuanto a contenido.

Las injusticias que se han cometido durante décadas en nombre de esa idea de nación y los cambios traídos en los últimos años por la internacionalización de los mercados y del capital financiero, que, sin pretenderlo en

directo, han dejado en la obsolescencia a las viejas concepciones clásicas liberales, exigen un planteamiento diferente. La crítica a la idea clásica liberal no significa que se pueda prescindir de la nación y de la nacionalidad, sino que pone de manifiesto sus limitaciones, debidas, en gran medida, al contexto histórico en el cual surgieron y a cuyo servicio estuvieron. De hecho, ni siquiera los nacionalismos alternativos han podido despojarse por completo de las ideas tradicionales. La crítica, por otro lado, es necesaria para establecer algunos criterios desde los cuales pensar la nacionalidad, en las circunstancias actuales. Aferrarse a las antiguas ideas es desconocer los cambios ocurridos en las postrimerías del siglo pasado, conservar una ideología que so pretexto de engrandecer la nación sirve más bien para encubrir la injusticia y aportar unas malas soluciones a los desafíos actuales. Desde esta perspectiva, no sería exagerado sostener que lo único que en verdad está universalizado es el capital, el motor que mueve a quienes más hablan de nacionalismo. Su discurso no sirve si no para encubrir su dependencia, cuando no su servilismo.

El otro campo en el cual el nacionalismo rompe las barreras que separan a las masas y las unifica en un plano superior, es el deporte.

El nacionalismo, por lo tanto, sin dejar de ser construcción, se crea en el enfrentamiento de los desafíos principales y el gran desafío del siglo XXI es la construcción de la nación centroamericana, para lo cual hay que superar diversos conflictos de orden fronterizo, económico, social y cultural. La mera existencia de estos conflictos muestra la incapacidad de las diversas elites nacionales centroamericanas actuales para llevar a cabo esta tarea. El nuevo nacionalismo surgirá a partir de la construcción de esta nueva realidad centroamericana. Este nuevo nacionalismo no puede fundamentarse en la dialéctica de la inclusión y la exclusión, sino en la apertura, aun cuando ésta sea regulada. La ley de extranjería que el poder ejecutivo ha presentado a la Asamblea Legislativa para su aprobación es todo lo contrario a lo que aquí se propone y, de ser aprobada tal cual, se convertirá en un nuevo obstáculo para la integración regional. La apertura no sólo debe comprender la región, sino también a las otras realidades latinoamericanas e incluso mundiales. Sólo desde la apertura puede hablarse hoy de nacionalidad —si es que el término en cuanto tal conserva alguna validez. Si alguien debiera saber valorar la apertura y la acogida por experiencia directa es la población salvadoreña, porque cada vez más es una nación emigrante y extranjera, en tierras y pueblos extraños.

A la hora de pensar de nuevo en la nacionalidad no se debe cometer el mismo error del pasado de encomendar esta tarea a un reducido grupo, aun cuando éste lo integren intelectuales idóneos y sin tacha. El que puedan

imponerla desde el Estado y haciendo uso de los medios de comunicación de masas no justifica su carácter exclusivo. En la creación de la nueva idea de nación debe participar el pueblo en cuanto colectividad, con su mentalidad, sus valores y sus aspiraciones. No hace mucho cultivó en sus comunidades eclesiales de base, cooperativas, repoblaciones, asociaciones comunitarias, etc., valores fundamentales como la dignidad humana y la solidaridad, el trabajo colectivo y la generosidad. Todo ello y la conciencia que de sí mismo tiene, debieran entrar de lleno en el nuevo planteamiento de la idea de nacionalidad. Esta debe ser el resultado de un proceso de creación colectivo y aceptado de manera espontánea, porque quienes se identifican con ella se reconocen en ella sin dificultad. Como todo proceso de esta naturaleza requiere de tiempo para madurar y sobre todo de mucha creatividad y apertura a lo novedoso y a los aportes de los demás.

Esto lleva a preguntarse quiénes son los que debieran formar parte de la nacionalidad. Hasta ahora, la nacionalidad se ha confundido con la patria, el lugar de nacimiento, y el Estado, donde se expresa la nación, con lo cual todos aquellos otros que no han nacido en el sitio demarcado por las fronteras del siglo XIX y, o no se encuentran oficialmente reconocidos por el Estado bajo el que viven, quedan excluidos de manera automática. Por eso es que, no obstante la clara e intensa tradición regional, los centroamericanos del siglo XXI todavía nos excluimos mutuamente, considerándonos extranjeros. Contrario a lo que sucedía alrededor de la conformación del Estado nacional, cuando la cuestión no era el lugar de origen de los actores, sino su ideología. En ese entonces, los centroamericanos lucharon entre sí con un apasionamiento pocas veces visto. Los bandos se establecieron no por el origen o el territorio donde residían sus integrantes, sino por las ideas en las cuales creían y por las cuales luchaban. La apertura era tal que incluso admitieron en sus filas a personas procedentes de fuera de la región —no po-



cas veces por el interés pragmático de hacer triunfar su idea sobre la contraria. Pero, a medida que los estados nacionales se fueron constituyendo, los que no habían nacido en el mismo sitio fueron siendo excluidos y pasaron a ser considerados extranjeros. Esta mutua exclusión, basada en los nacionalismos decimonónicos, es una de las barreras más difíciles de franquear para la integración regional.

En la misma medida en que el nacionalismo actual construye la unidad, deshumaniza a las masas y a las personas por lo que tiene de manipulador de las emociones colectivas, de encubrimiento de la realidad y sus escandalosas contradicciones y contrastes, y por falsear la realidad histórica.

Para avanzar en esta dirección, por consiguiente, habría que desandar el camino recorrido con tanta convicción por los estados nacionales del siglo XIX y recuperar de las postrimerías de la independencia y la federación la intuición de una sola nación centroamericana. La intuición era válida ya entonces, pero tanto en aquel tiempo como ahora su concreción requiere de una visión y de una vocación regional, dispuestas a sacrificar el localismo provinciano. La tarea no es fácil, porque la idea de nación de cada uno de los estados centroamericanos está cargada de mucha emotividad y no pocas veces también de irracionalidad. Cuando predominan ambas, toda otra consideración es, en la práctica, imposible. Este es el resultado que ha dejado el cultivo de estos sentimientos durante décadas. Un resultado que ahora aparece como inamovible e intocable.

La realidad centroamericana, pero sobre todo la salvadoreña, contradice, sin embargo, esta idea de nacionalidad. Los millones de emigrantes centroamericanos regados por el primer mundo cuestionan esa concepción nacionalista de corte liberal. En el caso salvadoreño, ciertamente, nadie les negará su lugar de procedencia, aun cuando residan en lugares tan remotos como el norte de Canadá, Australia, el norte o el centro de Europa y en sitios aislados del territorio estadounidense. No sólo no se les puede negar su lugar de procedencia y lo que ello significa de carga tradicional y emotiva, sino que ellos mismos, al menos la primera generación de emigrantes, tienen plena conciencia de ese origen. El lugar de nacimiento y de la primera infancia es inseparable de una serie de reacciones, actitudes, costumbres, gustos, creencias y emociones que marcan para siempre la vida de una persona. Los emigrantes salvadoreños se llevan consigo y conservan estas experiencias, aun cuando ya no viven bajo la jurisdicción del Estado de El Salvador, muchos de ellos, desde hace muchos años. En el tiempo que llevan viviendo fuera de

las fronteras donde nacieron han aprendido otras lenguas, a veces con dificultad, han adoptado otras costumbres muy diferentes y han aceptado unas normas sociales y culturales muy distintas a las propias. De esta manera, su experiencia original se ha visto enriquecida con otras experiencias sociales y culturales, que les permiten adaptarse a las nuevas circunstancias y hacer comparaciones.

La nacionalidad —confundida con frecuencia con el Estado nación— pues, tiene mucho que ver con el lugar donde se ha nacido, pero sólo porque esa concreción conlleva formar parte de una determinada tradición social y cultural. Pero esa no es la única alternativa cuando hay apertura, porque a ella se van agregando otras tradiciones, obligando a hacer síntesis. El Estado, por consiguiente, es el menos vinculado al nacionalismo del nuevo milenio. De hecho, se observan señales que apuntan a un horizonte bastante diferente al actual. Independientemente de lo que resulte y del juicio que haya que hacer, las tendencias más fuertes de la región apuntan hacia la conformación de una nación más grande que las cinco que en la actualidad la integran: la nación centroamericana, a la cual incluso se agregarían otras que no se encuentran en el istmo.

El nacionalismo actual presenta una característica novedosa, en relación con el nacionalismo liberal, al cual estamos acostumbrados. Las tradiciones que conforman el meollo de todo nacionalismo no son fijas, sino dinámicas. Cuando son creadas en el fragor de la vida de las masas, éstas las van modificando e incluso recreando, en la medida en que sus circunstancias existenciales van cambiando. Es cierto que el bloque dominante salvadoreño ha hecho lo posible por conservar intacto los pilares de progreso, libertad y anticomunismo sobre los cuales descansa su nacionalismo; pero lo ha podido hacer porque ha sido una imposición férrea y a costa de perder, en cierto sentido, relevancia social. La firma de los acuerdos de paz y la transición a la cual éstos dieron origen han sido esgrimidas como constatación incuestionable de su triunfo ante la amenaza de un cambio radical en el orden establecido. Es una ideología que ha escogido conservar para sobrevivir, en lugar de cambiar para abrirse a nuevos horizontes de realización humana individual y colectiva. A eso se debe que su nacionalismo haya caído en el ritual vacío de realidad, aunque sigue siendo muy emotivo. Su agotamiento se evidencia en su incapacidad para convocar a las grandes masas salvadoreñas.¹ Por otro lado, no hay que temer que las tradiciones nacionalistas vayan siendo recreadas y transformadas por la sociedad, porque eso significaría que son tradiciones vivas y no muertas, tradiciones que orientan y proporcionan un sentido a la vida colectiva, que delimitan horizontes y abren futuro. Sólo los intelectuales con el prurito de cuidar del nacionalismo del bloque dominante pueden temer a la transformación de las tradiciones de donde se deriva la identidad nacional.

La dinámica de los procesos sociales y culturales es contraria al nacionalismo liberal clásico. Sólo la derecha recalcitrante es incapaz de ver el desfase entre su nacionalismo y la realidad. Esa dinámica es la que obliga a preguntarse por el desde dónde se crean las nacionalidades y las tradiciones que la conforman. El lugar donde se ha nacido —aunque sería más riguroso decir que el lugar donde se han recibido las primeras tradiciones sociales y culturales— es fundamental, porque desde él se construye la identidad nacional adulta; pero no es la única fuente de identidad. La internacionalización de los mercados financieros, los medios de comunicación de masas y la información forzosamente hacen presente otras tradiciones, que también son recibidas y con las cuales las personas, los grupos y las sociedades conforman lo que es su identidad. Lo determinante es el criterio para recibir unas tradiciones y desechar otras. Aquí tienen un papel transcendental instituciones como las educativas, las religiosas, las sociales y las comunitarias, las cuales debieran esforzarse por proporcionar elementos de juicio para optar y construir una nueva nacionalidad más humana y mucho más respetuosa de la dignidad de todos, sin excluir a ninguno por razón de raza, género, edad, cultura, etc. Pero la avalancha de novedades parece haberlas paralizado. Aun así, del desconcierto inicial hay que pasar a iluminar el camino a recorrer, mientras se acompaña a las personas y a los pueblos, en sus procesos de búsqueda.

Las viejas formas de control, que descansaban más en la represión y el castigo severo, ya no operan. Tampoco las imposiciones se aceptan con la pasividad de antes. Las posibilidades son tantas y tan variadas que escapan a cualquier clase de control. Esta nueva realidad lleva, por consiguiente, a que las tradiciones sean discutidas desde los diversos grupos, las comunidades, las iglesias, los centros educativos, los gremios y las asociaciones. El proceso, además de abrir espacios a una participación real y efectiva sobre la propia realidad, fortalecería a todas estas organizaciones intermedias. La cuestión a discutir no es irrelevante, pues se trata de la forma de vida que se quiere llevar, la cual está íntimamente relacionada con la clase de sociedad que se desea construir, la manera de enfrentar sus desafíos más importantes, en nuestro caso, el económico, la vulnerabilidad del medio ambiente natural y social, y la violencia, el sentido que esa lucha podría tener, el tipo de educación y salud que se desean, en concordancia con lo que se busca construir, el respeto al derecho de los demás a una vida digna y humana y la tolerancia para hacer viable la convivencia.

El esfuerzo por dilucidar estos temas y por poner en práctica sus recomendaciones son los fundamentos sobre los cuales debiera descansar la identidad nacional, la identidad de aquellos que forman parte de estos procesos. Una identidad derivada no tanto del sitio donde se ha nacido, ni del Estado bajo cuya jurisdicción se vive, sino de un compromiso radical con una determinada forma de vida, de ver la realidad y de esperar el futuro. Unas sociedades como las centroamericanas, que se consideran cristianas, no debieran

olvidar que la Biblia se pronuncia con claridad sobre el dilema planteado por todo nacionalismo excluyente. Entre el extranjero y el nacional, la Biblia siempre se coloca del lado del primero, porque es el más débil y vulnerable. El pueblo escogido nunca debe olvidar que fue extranjero en Egipto y exiliado en Babilonia y que así como su Dios lo defendió y lo sacó de ahí con brazo extendido y mano poderosa, de la misma manera volverá a actuar a favor de todos los otros extranjeros y emigrantes.

San Salvador, 1 de mayo de 2001.

